LIBRO XXIII.

Idomeneo quiere retardar la despedida de sus huéspedes, y propone á Mentor varios asuntos embarazosos, asegurándole que no podrá arreglarlos sin su ayuda. Mentor le esplica como se debe comportar, é insiste en llevarse á Telémaco. Idomeneo prueba á detenerlos escitando en este su pasion por Antiope: invítalos á una cacería, á que dispone que su hija asista. Antiope va á ser despedazada por un jabalí y la salva Telémaco, á quien despues cuesta mucho separarse de ella y despedirse del rey su padre; pero animado por Mentor, vence su pena, y se embarca para su patria.

Idomeneo, que temia la partida de Telémaco y Mentor, no pensando mas que en diferirla, hizo presente á Mentor que sin él no podia arreglar cierta disidencia que se habia suscitado entre Diofanes, sacerdote de Júpiter Conservador, y Heliodoro, sacerdote de Apolo, sobre los presagios que se sacan del vuelo de las aves y de las entrañas de las víctimas.

¿Porqué, le respondió, quereis meteros en las cosas sagradas? Dejadlas á la decision de los Etruscos, que conservan la tradicion de los oráculos mas antiguos, y estan inspirados para ser intérpretes de los dioses: emplead vuestra autoridad solamente en sofocar esas disputas en su nacimiento. No mostreis parcialidad ni aversion; contentaos con apoyar la decision competente cuando esté pronunciada: acordaos de que un rey debe ser sumiso á la religion, y no entrometerse en arreglarla: la religion viene de los dioses, y está sobre los reyes. Si los reyes se mezclan en la religion, en lugar de protegerla, la pondrán en servidumbre. Son tan poderosos, y los demas hombres tan débiles, que todo correrá peligro de alterarse al gusto de los reyes, si se les hace entrar en las cuestiones que tocan á las cosas sagradas. Dejad pues que las resuelvan con absoluta libertad los amigos de los dioses, y ceñios á castigar á los que no se sometan á su juicio, cuando este se declare.

En seguida se lamentó Idomeneo del embarazo en que le ponia una multitud de procesos entre varios particulares, para cuya sentencia le apuraban.

Decidid todos los casos nuevos, fué la respuesta de Mentor, los cuales van á servir luego de máximas generales de jurisprudencia, para la interpretacion de las leyes; pero no os encargueis jamas de juzgar las causas particulares, que todas se os echarian encima de tropel; seriais el único juez de vuestro pueblo, y los demas jueces, vuestros subalternos, vendrian á ser inútiles; os hallariais abrumado, y los negocios de menor cuantía os robarian á los de grande importancia, sin lograr dar salida á todo el despacho de los asuntos inferiores. Guardaos pues de enredaros en semejante laberinto: remitid los pleitos particulares á los jueces ordinarios, y no hagais mas que lo que ningun otro puede hacer para aliviaros: de ese modo desempeñaréis entónces las verdaderas funciones de rey.

Me acosan ademas para que disponga ciertos casamientos, decia Idomeneo. Las personas de nacimiento distinguido que me han seguido á la guerra, y sirviéndome han perdido cuantiosas haciendas, desean encontrar una especie de remuneracion casándose con ciertas doncellas ricas; y no tengo mas que decir una palabra para procurarles esas ventajas.

Es verdad, contestó Mentor, que bastaria una palabra vuestra; pero esa sola palabra os saldria demasiado cara. ¿Querriais quitarles á los padres la libertad y consuelo de elegir á sus yernos, y por consecuencia á sus herederos? Eso fuera imponer á todas las familias la mas rigorosa esclavitud, y haceros responsable de las desgracias domésticas de vuestros ciudadanos. Hartas espinas tienen los casamientos sin añadirles ademas esa amargura. Si teneis fieles servidores que recompensar, dadles tierras incultas; agregad á ellas distinciones y honores proporcionados á su categoría y servicios; aumentad el pago, si es menester, con dinero de vuestros ahorros; pero jamas os redimais de vuestras deudas sacrificando las jóvenes ricas á disgusto de sus padres.

Idomeneo pasó de ese á otro punto. Los Sibaritas[1], decia, se quejan de que les hemos usurpado tierras que les

[1] Los Sibaritas eran los pueblos de la antigua Sibari, ciudad de la Magna Grecia en Italia, tan poderosa que tenia bajo su dominacion veinte y cinco ciudades con sus jurisdicciones. Esta ciudad fué

pertenecian, para darlas como campos incultos que labrar á los estranjeros que hemos atraido desde hace poco á Salento; ¿debo ceder á esos pueblos? Si cedo, cualquiera creerá que le basta inventar pretensiones para darnos la ley.

No es justo, repuso Mentor, creer á los Sibaritas en su propia causa; pero tampoco lo es creeros á vos en la vuestra. ¿Quién pues ha de ser juez? replicó Telémaco. Ninguno puede serlo en su propio litigio, prosiguió Mentor; pero se debe tomar por árbitro á un pueblo vecino que á ninguna de las partes sea sospechoso: por ejemplo, los Sipontinos: esos no tienen interes alguno contrario á los vuestros.

Mas ¿he de someterme yo, replicó Idomeneo, al juicio de cualquier árbitro? ¿no soy rey? ¿tiene obligacion un soberano de reconocer el fallo de los estranjeros para determinar la estension de su dominio?

Mentor anudó así su discurso: Supuesto que os quereis mantener firme, debeis de estar muy seguro de la razon de vuestro derecho; por otra parte, los Sibaritas no ceden, y sostienen que el suyo es incontestable. En semejante estado de sentimientos contrarios, ó es menester que un árbitro os avenga, ó que decida la suerte de las armas: no hay medio. Si entrarais en una república en que no hubiese magistrados ni jueces, y en que cada familia se creyese con derecho de hacerse justicia por sí y con la fuerza en todas sus pretensiones con los vecinos, deplorariais su desgracia, y os horrorizariais de tan espantoso desórden, viendo armarse á unas familias contra otras. ¿Creeis que los dioses miran con ménos horror el mundo entero, que es la república universal, cuando cada pueblo, que no es otra cosa en ella que una gran familia, se arroga el derecho absoluto de tomarse por su mano y con la fuerza la justicia que pretende tener en sus pretensiones con los otros pueblos vecinos? Un particular que posee un campo, á título de herencia de sus mayores, no puede mantenerse en él sino por la autoridad de las leyes y el juicio del magistrado: si quisiera conservar por la fuerza lo que la justicia le ha dado, seria castigado severísimamente como sedicioso

arruinada por los Crotoniatas, y todavía se ven las ruinas en la Calabria citerior con el nombre de *Sibariti rovinata*.

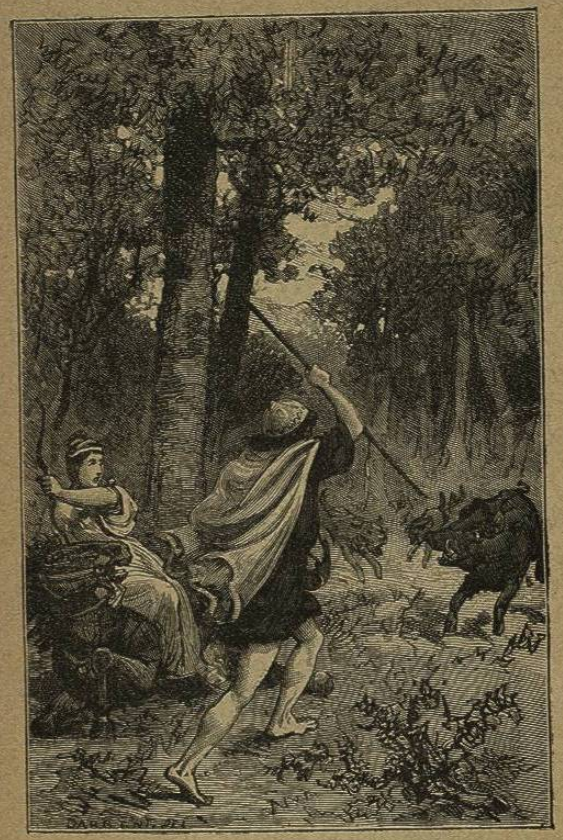
¿Pensais que los reyes pueden emplear desde luego la violencia para sostener sus pretensiones, dejando de recurrir ántes á todos los medios de la dulzura y de la humanidad? ¿No es la justicia mas sagrada é inviolable para los reyes con respecto á comarcas enteras, que para las familias con respecto á algunas tierras labradas? ¿Será injusto y espoliador el que toma algunas aranzadas de campo, y justo y héroe el que arrebata provincias? Si uno se preocupa, si se engaña, si se obceca en los intereses mezquinos de los particulares, ¿no se ha de temer todavía mas engañarse, obcecarse en los grandes intereses del estado? ¿Se dará uno razon á sí mismo en materia en que con tanto fundamento debe cualquiera desconfiar de sí? ¿No se ha de temer el engañarse en casos en que el error de un hombre solo acarrea consecuencias horrorosas? El error de un rey que sus pretensiones lisonjean, suele causar estragos, hambres, matanzas, pérdidas y la depravacion de las costumbres: calamidades cuyas resultas funestas alcanzan hasta los siglos mas remotos. Un rey, que siempre está rodeado de aduladores, ¿no debe temer que le adulen en semejantes circunstancias? Si acepta un árbitro para que arregle sus diferencias, muestra equidad, buena fe, moderacion. Al mismo tiempo publica las sólidas razones en que se apoya su causa. El árbitro elegido es un medianero amistoso, y no un juez de rigor. A sus decisiones no va á darse una acquiescencia ciega, aunque se haya de tener mucho miramiento hácia él: no pronuncia un fallo á manera de juez soberano, sino que propone términos, y por sus consejos se sacrifica algo para conservar la paz. Si á pesar del esmero con que un rey ha tratado de conservar la paz, viene la guerra, le queda á lo ménos el testimonio de la conciencia, la estimacion de sus vecinos, y el justo amparo de los dioses. Idomeneo, persuadido con ese razonamiento, consintió en que los Sipontinos fuesen mediadores entre él y los Sibaritas.

Viendo entónces el rey que se le frustraban cuantos medios ponia para retener á los dos estranjeros, probó á sujetarlos con un lazo mas fuerte. Habia notado que Telémaco amaba á Antiope, y esperó servirse de aquella pasion para encadenarle. Con ese objeto la hizo cantar muchas veces en los festines. Condescendió ella con el deseo de su padre

por no desobedecerle; pero con tanta modestia y melancolía, que se dejaba ver la pena que la afligia miéntras cantaba. Idomeneo quiso tambien que cantara la victoria ganada á los Daunienses y á Adrasto; pero Antiope no pudo resolverse á cantar las alabanzas de Telémaco; se escusó con respeto, y su padre no se atrevió á obligarla. Su voz dulce y patética penetraba en el corazon del hijo de Ulises, y el jóven se conmovia todo. Idomeneo, que tenia los ojos fijos en él, se regocijaba de ver su turbacion. Telémaco empero no se daba por entendido de los designios del rey, no pudiendo dejar de enternecerse sin embargo, aunque la razon triunfara al cabo del sentimiendo; porque no era ya aquel Telémaco, en otro tiempo avasallado por una pasion tiránica en la isla de Calipso. Miéntras Antiope cantaba, guardaba él un profundo silencio; luego que cesaba de cantar, Telémaco se apresuraba á volver la conversacion á otro cualquiera objeto.

El rey, no pudiendo conseguir su intento por ese medio tomó por último la determinacion de hacer una gran cacería, de cuya diversion quiso que participara su hija. Antiope lloró, rehusando asistir á ella; pero le fué forzoso cumplir con lo mandado de una manera absoluta por su padre. Monta en un caballo fogoso y echando espuma, semejante á los que Castor domaba para los combates: manéjale sin dificultad, y la sigue con ardor una multitud de doncellas, en medio de las cuales se parece á Diana en los bosques. El rey, que la mira, no se cansa de verla; al contemplarla, olvida todas sus pasadas desgracias. Telémaco la ve tambien, y le encanta mas aun la modestia de Antiope que su destreza y sus gracias todas.

Los perros iban dando alcance á un jabalí de enorme tamaño y furioso como el de Calidon: sus largas cerdas eran duras y erizadas como dardos; los ojos le despedian centellas llenos de sangre y fuego; oíanse desde léjos sus resoplidos, como el rumor de los vientos sediciosos cuando Eolo, para calmar las tempestades, los encierra en su caverna: con sus colmillos, largos y torcidos como la hoz afilada de los segadores, cortaba los troncos de los árboles. Cuantos perros se atrevian á acercársele, quedaban despedazados; y los mas denodados cazadores que le perseguian, temian herirle.



Tiene en la mano un largo dardo.

Antiope, veloz en la carrera como los vientos, no temió acosarle de cerca: dispárale la jabalina, que le entra por encima de la paletilla. La sangre del feroz animal corre, y le embravece; vuélvese á la que le ha herido. De repente el caballo de Antiope, á pesar de sus brios, se espanta y retrocede; el monstruoso jabalí cae sobre él, como las pesadas máquinas que derriban las murallas de las ciudades fuertes. El corcel vacila y da en tierra: Antiope se ve en el suelo, sin poder evitar el golpe fatal del colmillo de la fiera enfurecida contra ella. Pero Telémaco, atento al peligro de Antiope, se habia ya apeado. Arrójase mas pronto que los relámpagos entre el caballo caido y el jabalí que vuelve á vengar su sangre, y le mete casi todo el largo dardo que tiene en la mano al tremendo animal, que cae lleno de rabia.

Al instante le corta Telémaco la cabeza, que asusta todavía vista de cerca, y pasma á todos los cazadores y se la presenta á Antiope. Ruborízase ella, y consulta con los ojos á su padre, que, despues de haberse sobrecogido de susto, está arrebatado de alegría de verla fuera de peligro, y le hace señal de que debe aceptar el regalo. Al tomarla, dijo á Telémaco: Recibo de vos con agradecimiento otro don mayor, pues os debo la vida. Apénas hubo proferido esas palabras, temió haber dicho demasiado, y bajó los ojos. Telémaco entónces, viendo su turbacion, no se atrevió á decirle mas que: ¡Dichoso el hijo de Ulises, que ha conservado tan preciosa vida! ¡y mas dichoso aun si pudiera pasar la suya junto á vos! Antiope, sin responderle, se confundió de repente entre sus jóvenes compañeras, y volvió á montar á caballo.

Desde aquel instante hubiera Idomeneo prometido su hija á Telémaco; pero aguardó á que se inflamara mas su pasion dejándole en la incertidumbre, y aun creyó que así le detendria en Salento el deseo de asegurar su casamiento. Así discurria Idomeneo en su interior; pero los dioses burlan la sabiduría de los hombres. Lo que debia retener á Telémaco, fué precisamente lo que aceleró su viaje; porque lo que empezaba á sentir le hizo con razon desconfiar de sí mismo.

Mentor puso doble esmero en inspirar á Telémaco un impaciente deseo de regresar á Itaca y al mismo tiempo ins-

á Idomeneo para que le dejara partir. Ya estaba presta la nave; porque arreglaba todos los momentos de la vida de Telémaco, para elevarle á la mas alta gloria, y no le permitia estar en cada lugar mas que lo necesario para ejercitar su virtud, y hacerle adquirir esperiencia. Mentor habia cuidado de tener dispuesta aquella embarcacion desde la llegada de Telémaco.

Pero Idomeneo, que habia visto con grande repugnancia tales preparativos, cayó en una tristeza mortal, en un desconsuelo digno de lástima, en cuanto llegó el momento de que sus dos huéspedes, de quienes tantos auxilios habia recibido, le abandonaran. Se encerraba en los sitios mas secretos de su casa: allí se desahogaba gimiendo, y derramando lágrimas; no se cuidaba de alimentarse; el sueño no mitigaba sus amargos pesares; se secaba, se consumia con sus angustias. Como un árbol lozano que cubre de sombra el suelo con sus frondosas ramas, y cuyo tronco empieza á roer un gusano, destruyendo los delicados conductos por donde corre el jugo que le nutre, aunque los vientos no le han desgajado, aunque la tierra le alimenta complacida, aunque el hacha del labriego le ha respetado siempre, se va deteriorando sin saberse la causa de su mal, y se marchita y se deshoja desnudándose de sus galas, y se reduce á un tronco cubierto de una corteza rota y á ramas recas: así parecia Idomeneo en su afliccion.

Telémaco enternecido no se atrevia á hablarle; temiendo el dia de la separacion, buscaba pretestos para diferirle, y hubiera permanecido mucho tiempo en esa incertidumbre, si Mentor no le hubiese dicho: Me complazco en veros tan mudado. Habeis nacido duro y altivo; nada os movia sino vuestras conveniencias é intereses; pero al cabo sois hombre, y empezais por la esperiencia de vuestros males á compadecer los de los otros. Sin esa compasion, no se gobierna á los hombres con bondad, virtud ni capacidad; con todo, es menester no llevarla al estremo, ni dar en la flaqueza del sentimiento. Yo hablaria de buena gana con Idomeneo para hacer que consienta en nuestra marcha, y os ahorraria el embarazo de una conversacion tan desagradable; pero no quiero que la mala vergüenza y la timidez se apoderen de vuestro corazon. Necesitais acostumbraros á

mezclar el valor y la firmeza con la amistad tierna y afectuosa. Es menester huir de aumentar la afliccion de los hombres sin necesidad; pero es menester tambien tomar parte en sus penas, cuando no se puede evitar el causárselas, y amortiguar el golpe que es imposible quitarles enteramente. Precisamente por eso mismo, replicó Telémaco, preferiria yo que vos fueseis, y no yo, quien le diera á Idomeneo la noticia de nuestra partida.

Mentor le dijo al punto: Os engañais, mi querido Telémaco: habeis nacido como los hijos de los reyes, criados en la púrpura, que quieren que todo se haga á su manera, y que toda la naturaleza obedezca á su voluntad, sin tener fuerza para resistir cara á cara á nadie. No es eso porque se interesen por los hombres y teman afligirlos; sino porque no quieren, por conveniencia propia, ver semblantes tristes y descontentos á su alrededor. Las penas y miserias de la humanidad no les mueven, si no las tienen delante de los ojos: cuando de ellas se les habla, se enfadan y entristecen: para agradarles, es menester decir siempre que todo va bien; y miéntras estan rodeados de placeres, no quieren ver ni oir cosa que interrumpa su alegría. ¿Se ha de reprender, castigar, desengañar á alguien, resistir á las instancias y pasiones de un importuno? ántes que hablar ellos mismos con una afable entereza, siempre le darán el encargo á cualquiera. En esas ocasiones preferirian dejarse arrancar las gracias mas injustas, echarian á perder los negocios mas importantes, por falta de saber oponerse á las personas con quienes han de tratar todos los dias. Semejante debilidad, que todos les conocen, hace que cada cual procure sacar su provecho: se insta, se importuna, se acosa, y acosando se logra lo que se pretende. Al principio se les adula é inciensa para insinuarse; pero despues que se ha ganado su confianza, y que se ocupa cerca de ellos puestos de alguna autoridad, se les lleva léjos, se les impone el yugo, bajo el cual gimen, y que muchas veces quieren sacudir en vano, porque toda la vida pesa sobre su cuello. Ponen su punto en que nadie crea que se dejan gobernar, y siempre son gobernados, no pudiendo pasar sin serlo; porque se parecen á los débiles sarmientos de una vid que, no teniendo fuerza para sostenerse, se enredan al tronco de cualquiera árbol corpulento.

Yo no permitiré que caigais en esa falta, Telémaco, porque hace á un hombre incapaz de gobernar. Ahora sois tan tierno que no os atreveis á hablar á Idomeneo, y desde que salgais de Salento, no volveréis á pensar en su afliccion: no os enternece su dolor; su presencia es lo que os embaraza. Id á hablar á Idomeneo vos mismo: aprended en esta ocasion á ser cariñoso y firme á la vez: manifestadle vuestro sentimiento de dejarle; pero mostradle con tono resuelto la necesidad de nuestra partida.

Telémaco no se atrevia ni á resistirse á Mentor, ni á ver á Idomeneo: estaba avergonzado de su temor, y no tenia valor para vencerle: vacilaba, daba dos pasos, y volvia al instante para alegar á Mentor cualquiera nuevo motivo de dilacion. Pero bastaba una mirada de Mentor para quitarle la palabra, y disipar todos sus especiosos pretestos. ¿Es este, decia Mentor sonriéndose, el vencedor de los Daunienses, el libertador de la grande Hesperia, el hijo del sabio Ulises, el que despues de él debe ser el oráculo de la Grecia? ¡Y no se atreve á decirle á Idomeneo que no puede retardar la vuelta á su patria para ver á su padre! ¡O pueblo de Itaca, cuán infeliz serás si algun dia tienes por rey á quien se deje dominar de una mala vergüenza, y sacrifique los mayores intereses á sus debilidades en las cosas mas pequeñas! Ved cuanta diferencia hay, Telémaco, entre la bizarría en los combates y el valor en la conducta: no habeis temido las armas de Adrasto, y temeis la tristeza de Idomeneo. Hé ahí lo que deshonra á los príncipes que han acabado las mayores hazañas: despues de haber parecido héroes en la guerra, se muestran los últimos de los hombres en las ocasiones ordinarias en que otros se conducen con vigor.

Telémaco, sintiendo la verdad de estas palabras, y herido de la reconvencion, partió de repente sin escucharse á sí mismo; pero no bien llegó á verse en donde estaba Idomeneo sentado con los ojos bajos, decaido y agobiado de tristeza, ambos se temieron uno á otro, y no se atrevian á mirarse. Sin hablar se entendian, temiendo cada cual que el otro rompiera el silencio, hasta que los dos se echaron á llorar. En fin Idomeneo, impelido por el esceso del dolor, esclamó: ¿De qué sirve buscar con esmero la virtud, si tan mal recompensa á los que la aman? ¡Despues de haberme hecho conocer mi flaqueza, me abandonan! Pues bien, volveré á caer en todas mis desgracias: que no me hablen mas de gobernar bien; no, me es imposible, estoy cansado de los hombres. ¿Adónde quereis ir, Telémaco? Vuestro padre no existe; buscaisle en vano: Itaca está en poder de vuestros enemigos, y os harán perecer si volveis: alguno de ellos será ya esposo de vuestra madre. Quedaos aquí; seréis mi yerno y mi heredero; reinaréis despues de mi muerte. Durante mi vida tambien tendréis un poder absoluto: mi confianza no tendrá límites. Si sois insensible á todas esas ventajas, á lo ménos dejadme á Mentor, que es todo mi recurso. Hablad, respondedme, no me cerreis vuestro corazon, tened piedad del mas desventurado de los hombres. ¡Qué! ¿nada decis? ¡Ah! entiendo cuan crueles son conmigo los dioses: aun me lo hacen sentir mas rigorosamente que en Creta, cuando con mis manos inmolé á mi propio hijo.

Al cabo Telémaco le respondió con voz turbada y temerosa: Yo no soy mio: los hados me llaman á mi patria. Mentor, que posee la sabiduría de los dioses, me manda en su nombre partir. ¿Qué quereis que haga? ¿Renunciaré á mi padre, á mi madre, á mi patria, que debe serme todavía mas cara que ellos? Destinado á ser rey, yo no puedo seguir una vida dulce y sosegada, ni ceder á mis inclinaciones. Vuestro reino es mas rico y poderoso que el de mi padre; sin embargo mi deber es preferir el que los dioses me destinan al que vos teneis la bondad de ofrecerme. Me tendria por feliz si Antiope fuera mi esposa, sin esperanza de vuestro reino; mas, para merecerla, es menester que vaya adonde mis deberes me llaman, y que mi padre sea quien os la demande para mí. ¿No me habeis prometido enviarme á Itaca? ¿No he combatido contra Adrasto por vos en union de los aliados, contando con vuestra promesa? Tiempo es ya de que piense yo en reparar mis infortunios domésticos. Los dioses, que me han confiado á Mentor, han dado tambien á Mentor al hijo de Ulises para que cumpla sus destinos. ¿Quereis que pierda á Mentor despues de haberlo perdido todo? No tengo bienes, ni asilo, ni padre, ni madre, ni patria asegurada; solamente me queda un varon sabio y virtuoso, que es el don mas precioso de Júpiter. Decidid

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 2625 MONTERREY

vos mismo si podré renunciar á él, y consentir en que me abandone. No, ántes moriria. Arrancadme la vida; la vida es nada; pero no me quiteis á Mentor.

A medida que Telémaco hablaba, su voz se fortalecia, y se disipaba su timidez. Idomeneo no sabia qué responder, y sin embargo no podia convenir con lo que el hijo de Ulises le decia. Cuando no podia ya hablar, á lo ménos procuraba con sus miradas y gestos inspirar compasion. En aquel momento vió aparecer á Mentor, que le dijo estas graves palabras:

No os aflijais: nos separamos; pero la sabiduría que preside á los consejos de los dioses quedará con vos: creed solamente que habeis tenido demasiada dicha en que Júpiter nos haya enviado aquí para salvar vuestro reino, y apartaros de vuestros estravíos. Filocles, que os hemos restituido, os servirá con fidelidad: el temor de los dioses, la aficion á la virtud, el amor á los pueblos, la compasion de los desdichados, animarán siempre su corazon. Escuchadle, servíos de él con toda confianza y sin envidia. El mayor servicio que podeis obtener de él, es que os diga todos vuestros defectos sin contemplaciones. El principal valor de un buen rey está en buscar verdaderos amigos que le advierten de sus faltas. Si teneis ese valor, nuestra ausencia no os perjudicará, viviréis feliz; pero como la adulacion, que se desliza como una serpiente, vuelva á encontrar el camino de vuestro corazon, para inspiraros desconfianza contra los consejos desinteresados, os perdeis. No os dejeis abatir flojamente por el dolor; esforzaos á seguir la virtud. He dicho á Filocles lo que debe hacer para aliviaros, y para que jamas abuse de vuestra confianza: puedo responderos de él: los dioses os le han dado como á mí me han dado á Telémaco. Cada cual debe seguir valerosamente su destino: es inútil afligirse. Si alguna vez llegais á necesitar de mí, despues que haya vuelto á Telémaco á su padre y á su pais, vendré á veros. ¿Qué haria yo que me pudiera procurar un placer mas grato? Yo no busco en la tierra bienes ni autoridad: no quiero mas que ayudar á los que buscan la justicia y la virtud. ¿Podré yo olvidarme jamas de la confianza y amistad que me habeis manifestado?

Con esas palabras se sintió Idomeneo cambiado de repente, y su corazon se tranquilizó, como Neptuno con el tridente calma las olas embravecidas y las mas negras borrascas: quedábale solo un dolor dulce y sosegado, ó mas bien que dolor vivo, cierta melancolía, y sentimiento de ternura. El valor, la confianza, la virtud, la speranza en el amparo de los dioses volvieron á renacer en él.

¡Con que! le dijo, mi querido Mentor, ¿es menester perderlo todo, y no desanimarse? A lo ménos acordaos de Idomeneo cuando llegueis á Itaca, en donde vuestra sabiduría os colmará de prosperidad. No olvideis que Salento ha sido obra vuestra, y que aquí dejais á un rey desventurado que no espera sino en vos. Partid, digno hijo de Ulises, ya no os detengo, que no es mi intento resistir á los dioses que me han prestado tan rico tesoro. Partid tambien vos, Mentor, el mayor y mas sabio de todos los hombres (si la humanidad puede hacer lo que os he visto hacer, y si no sois alguna deidad bajo esa forma ajena para enseñar á los débiles é ignorantes), conducid al hijo de Ulises, mas feliz en teneros que en haber vencido á Adrasto. Partid ambos; yo no puedo hablar, perdonad mis suspiros. Id, vivid, sed dichosos juntos: á mí no me queda en el mundo mas que el recuerdo de haberos poseido aquí. ¡O hermosos dias! ¡dias demasiado felices! ¡dias cuyo precio no he conocido bastante! ¡dias tan rápidamente pasados! ¡nunca volveréis! ¡nunca verán mis ojos lo que ven!

Mentor se aprovechó de este momento para la marcha, y abrazó á Filocles, que le inundó de lágrimas sin poder hablar. Telémaco fué á tomar la mano de Mentor para desasirse de las de Idomeneo; pero Idomeneo, tomando el camino del puerto, se puso entre Mentor y Telémaco: mirábalos, y gemia; empezaba palabras interrumpidas con sollozos, y ninguna le era posible acabar.

En esto se oyen gritos confusos en la orilla del mar, cubierta de marineros; tesan las jarcias, izan las velas, levántase el viento favorable. Telémaco y Mentor se despiden llorando del rey, que los tiene abrazados estrechamente largo rato, y que los sigue con los ojos hasta lo mas léjos que alcanza.